

sas, y tácitamente prometimos ligar con vínculos indisolubles las instituciones políticas con las creencias religiosas, fundar la legislación en la moral, ésta en la religion, y no reconocer la religion verdadera sino solo en el seno de la Iglesia católica.

¡Qué punto de partida! ¡qué auspicios tan lisongeros! ¡qué garantía para nuestras mas justas aspiraciones! ¡qué término de perspectiva tan lleno de encantos no presentaba entonces á la nacion y al mundo nuestro sucesivo porvenir! Pero, ¡ay! apenas dado este primer paso, torcimos el camino, y no parece sino que nos fastidiamos de ser felices á semejanza de los primeros habitantes del Paraiso, y cediendo á la misma tentacion que ellos, cambiamos las riquezas de lo presente por las falaces promesas del tentador, y pasamos muy en breve de los tranquilos goces del estado social á los horribles tormentos de la mas turbulenta y desastrosa anarquía.

Apenas empezaba á resplandecer aquel hermoso dia, el primero de nuestra nueva era política: apenas empezaban todos los hijos de México á sentir los goces de un estado social á que todos habian aspirado con tanto anhelo; apenas comenzaba la prevision á dilatarse con placer en los horizontes indefinidos de un porvenir lleno de vida y de fuerza, de un porvenir preparado por la religion, las costumbres, los hábitos de obediencia, el amor al orden, y garantido por las mismas condiciones de nuestra emancipacion política por el espléndido tributo de reconocimiento y sumision que ofrecia la primera de ellas al Supremo Legislador de la sociedad, por el vigor y fuerza consiguiente al pacto de union que debia ligar para siempre á todos los hijos de la gran familia mexicana, y por todos los ricos y fecundos elementos de prosperidad consiguientes á las riquezas de todo género propias de este suelo privilegiado; y cuando la ruidosa nueva de todos estos acontecimientos ocupaba al antiguo mundo, ya el bello cuadro se iba oscureciendo; las densas nubes se apiñaban sobre nuestro horizonte, y los signos precursores de la tempestad ponian en todas partes las alarmas en el corazon. La desazon, el disgusto, la inquietud, el malestar se apoderaban de todos, y no discurrió mucho tiempo sin que aquellas teorías vergonzantes estuvieran en boga, aquellas pretensiones encubiertas apareciesen á toda luz, y aquellas pasiones mal comprimidas hicieran su explosion. ¡Triste condicion de los individuos

y de los pueblos, hermanos é hijos carísimos, rebelarse contra su propio bien, enconarse contra su felicidad, cegarse contra los ejemplos y no aprovechar las lecciones de la experiencia, ser insensibles á la vista de las terribles vicisitudes de los otros y aun á los propios escarmientos! La independencia de México era un grande hecho social de cuyo empleo dependia sin duda todo el porvenir! Este pueblo, á semejanza del hombre, que salido del seno de familia, forma una nueva para regirse por sí mismo, comenzaba una carrera que podia conducir á la felicidad ó á la desgracia, segun que obedeciese al noble impulso que le comunicaba Dios, y siguiese la línea trazada por la divina ley, aprovechando los inmensos recursos de la Iglesia católica, ó que desconociéndolo y despreciándolo todo, siguiese el impulso loco de las pasiones, y se lanzase por los senderos de la iniquidad á los abismos de la muerte.

No faltó, bien lo sabéis, en aquella época, ni Dios con su gracia, ni el Evangelio con sus luces, ni la moral con su apoyo, ni la Iglesia con su sollicitud admirable. Pero, ¡ay! una fierá indómita, un génio maléfico acechaba desde léjos á la víctima: intereses bastardos, pasiones enconadas; he aquí la fuerza: la revolucion con sus viejas imposturas, sus novedosas teorías y sus fascinadoras promesas: he aquí el astuto genio que apoderándose de nuestra independencia, iniciaba ya la época de tinieblas y desastres, de errores y de crímenes que mató nuestra felicidad en su cuna, y al cabo de medio siglo de sangre y exterminio no acaba de cebarse todavía.

Tan maligna como prudente en su táctica, tan venenosa en su esencia como atractiva en su forma, tan reconcentrada en sus designios como fácil y expansiva en su accion, se mezclaba en todo sin ser apercebida, preparaba su obra sin anunciar su pensamiento, arrojaba sus inspiraciones sin la pretension de dogmatizar, embarrabazaba los caminos escondiendo las manos, y siempre activa, siempre alerta, siempre sagaz, es la única para quien no ha corrido en vano uno solo de los años, los dias y aun los momentos de nuestra vida política.

He aquí, hermanos é hijos carísimos, el secreto de esos monstruosísimos fenómenos de que está llena la historia de nuestras revoluciones civiles, el por qué de esta inestabilidad proverbial, de estos cambios frecuentísimos, de esta sucesion de constituciones

que mueren apenas nacen, de ese flujo de leyes que rigen la mañana y desaparecen en la tarde, de ese desconcierto progresivo y universal que ha laxado todos los resortes de vida, de esa debilidad siempre creciente que ha cubierto el rostro de la joven nación con todas las rugas de la más achacosa vejez, de tantas locuras sin tipo, y tantos crímenes sin ejemplo.

He aquí la revolución y la patria: la revolución con sus luces fascinadoras, y la patria hundida en el caos; la revolución con sus seductoras novedades, y la patria despojada de su antigua nobleza, debilitada de su antiguo vigor, luciendo sus ignominias y afrentas, ostentando su doloroso escarnio delante del mundo; la revolución con sus fastuosas promesas, y la patria con sus dolores profundos; la revolución dibujando el cuadro de la felicidad, y la patria en los abismos de la muerte; la revolución brindando con la soberanía, y la patria yaciendo paralítica en la última degradación; la revolución rindiendo sus cultos á la libertad, y los pueblos encadenados, perseguidos, arruinados, respirando apenas bajo el férreo yugo del más espantoso terror; la revolución prometiendo á todos y para siempre la más plena seguridad en todo sentido, y las familias temblando por su honor y por su vida en presencia de unas turbas indómitas que nada perdonan para saciar su rabia; la revolución proclamando con énfasis el derecho de propiedad, y el robo consagrado por las leyes, autorizado en todas partes, haciendo mil estragos desde la casa de Dios hasta la miserable chosa del indígena, acabando con cuanto existe, y transformando en un hospicio de miserables á la opulenta México; la revolución, por último, anunciando á los pueblos, á nombre del progreso, el incremento de todos los ramos de prosperidad pública, y México, despojada de cuanto tenía, de sus admirables obras, de sus más importantes establecimientos, de su antigua riqueza, de su honrosísimo concepto, de sus esclarecidas dotes, México, la católica México, la ordenada México, la noble y opulenta México, saqueada, escandalizada, desmoralizada, perseguida, residencia del mal, esclava de los más bastardos intereses, presa de las más odiosas y desenfradas pasiones, débil, pobre, miserable, hambrienta, consumida, afrentada, escarnecida, despreciada, hecha el oprobio de todos los pueblos á la faz de toda la tierra.

¿Qué ha sido pues, hermanos é hijos carísimos, qué ha sido de la religión, de la moral, de las costumbres, de los excelentes hábitos, esclarecidas dotes, cuantiosísimos recursos y proverbial riqueza del pueblo mexicano? ¿En qué han venido á parar los intentos magníficos, las fascinadoras teorías, las espléndidas promesas, y la delicada táctica de la revolución?

A la vista de este cuadro, donde recorreremos con horror todos los males que pueden afligir á un pueblo, de esos santuarios, monumentos de la creencia católica y de la piadosa magnificencia de nuestros mayores, brutalmente invadidos y sacrilegamente despojados; de esos montones de tierra en que el furor impío trasformó tantas iglesias y monasterios; de esos coros de vírgenes lanzadas de sus claustros con crueldad inaudita; de esos ministros del santuario arrojados de su patria ó errantes por los bosques, arrastrando su miseria en las soledades inaccesibles, para sustraerse á la última persecución; de esa riqueza sagrada que espensaba nuestro espléndido culto, que sostenía innumerables establecimientos de educación y de caridad, que facilitaba los trabajos del honrado labrador y ministraba recursos á todos los menesterosos, desapareciendo instantáneamente para sacar de la mendicidad á tantos agentes de la revolución; de esos antiguos institutos tan íntimamente ligados á la historia de nuestra civilización, en cuyas crónicas venerables se registran los nombres ilustres de los primeros apóstoles del Nuevo-Mundo, despojados, suprimidos al tiempo mismo que se proclama la independencia más absoluta entre la Iglesia y el Estado, entre la religión y la política; en fin, de esa tiranía sistemada, que en su furor de destruir traspasa los límites de la vida pareciendo disputar á los muertos hasta la paz del sepulcro.

A la vista, volveremos á decirlo, á la vista de este cuadro, nada es tan fácil para todos como estimar en su justo valor ese pretendido progreso, esa mentida libertad, esas garantías efímeras y esa irónica prosperidad social, que debían ser el resultado de tantos desastres. Pero á lo menos, ¿podrán consolarse los más entusiastas partidarios de la revolución con el goce de los bienes que ellos se prometían á su modo? El derecho constitucional desapareciendo entre los abusos brutales de la fuerza, la libertad trasformada en una tiranía sin ejemplo, las garantías sacrificadas desde los decre-

tos mismos, el erario en ruina, las fortunas arruinadas, el comercio sin vida, la nacion sin crédito, el mal en proporciones inmensas sin correctivo y sin remedio. . . . Basta: he aquí los horrendos frutos de esa tenebrosa y activa labor del progreso, de la libertad y de las instituciones: he aquí los títulos que presentan al patriotismo y á la fé de los pueblos esos hombres que comenzando la obra por violentar nuestro estado social, mediándola con invertir el sistema de los deberes, impulsándola con atacar en todo sentido á la Iglesia y sus ministros, las creencias católicas y la moral pública, han concluido con hacer volar en una explosion comun cuanto de mas respetable y grande, de mas sólido y fuerte, de mas hermoso y digno atesoraba nuestra sociedad, hundiéndola toda en el mas asqueroso fango de crímenes, de miseria y humillacion.

Pero qué, ¿á esto solo, aunque parezca sobrepujar á toda ponderacion, se hubieran reducido los males que la revolucion en toda la plenitud de su desarrollo preparaba á nuestra patria? Mucho es lo que habian hecho; pero infinitamente mas lo que quedaba por hacer. Figuraos, hermanos é hijos carísimos, que ningún obstáculo se hubiese opuesto á su marcha: figuraos que triunfante de toda oposicion armada, hubiese logrado llevar á cabo su plan hábilmente concebido para abolir el culto, proscribir las creencias y aniquilar el imperio de la moral cristiana. ¿Existirian aún esas basílicas? ¿conservaríais aún este sacerdocio? ¿volverian á sus claustros esas vírgenes sagradas, y á sus tareas apostólicas ó vida de oracion esas comunidades religiosas? La familia, este grande y primitivo elemento de la sociedad, ¿no hubiera perdido para siempre el sacramento que la consagra y la la moral que la conserva? ¿Qué hubiera sido muy pronto, volverémos á preguntarlo, qué seria de la católica México, si la Providencia no hubiese detenido en su carrera desastrosa la terrible revolucion? ¡Ah! al solo considerarlo, el alma se agita, se trastorna, retrocede temblando penetrada de terror. . . .

¿Qué mas se necesita, hermanos é hijos carísimos, para retroceder con espanto á la vista de esos odiosos sistemas, para temblar de horror al escuchar esas palabras huecas con que la revolucion aturde á los pueblos para matarlos, y para no estudiar en ese monton de ruinas, en el sentimiento mismo de nuestra desgracia, el ar-

te bien difícil de utilizar los propios escarmientos? ¿Qué recursos pudieran quedar á los prosélitos de la revolucion para seducir á los pueblos despues de tan terribles desengaños? ¿Qué pueden importar sus vanos discursos, conocidos ya sus detestables hechos? ¿Qué sus lisongeras promesas, cuando con sus mismas obras nos han dado á conocer lo que valen? Por sus frutos debian conocerse conforme á la regla del Salvador *ex fructibus eorum cognoscetis eos*.

Ved, pues, amados hijos, lo que es la revolucion considerada en sí misma, en el sistema de sus medios y en sus terribles efectos; ved cómo para juzgarla con toda exactitud, detestarla con horror y condenar sus odiosas teorías y sus fastuosas promesas, no es necesario mas que recorrer los escombros que ha dejado en todos los pueblos, y contemplar esas muchas y lastimosas ruinas que arrancan lágrimas de los ojos y radican el sobresalto y la alarma en el corazon. Pero no debemos quedar satisfechos con estos tristes desengaños: es necesario acometer á la grande obra de universal restauracion que exige nuestra patria, reincorporarnos en los caminos de la vida y hacer la gloriosa reconquista de tantos bienes perdidos; buscar en Dios el fundamento de la sociedad, en la moral evangélica las bases de la legislacion y las garantías de su estabilidad; trabajar incesantemente para que se reanuden los vínculos de esta gran familia, y uniformar la conducta con los principios mediante la cooperacion activa y eficaz con la Iglesia y el gobierno. Mas tales son los conceptos que nos proponemos desenvolver en la segunda parte.

SÉGUNDA PARTE.

“Uno de los mas graves errores de un siglo que los profesó todos, y que el nuestro conserva y defiende como un rico legado, es el creer que la sociedad se constituye como se construye un edificio ó se funde una estatua de bronce;” que se puede inventar al placer en este punto, buscando en los sistemas políticos vestidos á la mo-

da; que todo está sujeto á la voluntad, y que ni la Providencia con sus leyes, ni el Evangelio con su moral, ni las tradiciones con su poder, ni las costumbres con su influjo, deben servir de obstáculos á eso que se ha llamado *ley del progreso*, y que en el idioma revolucionario no es mas que el pretendido derecho de vagar siempre sin rumbo ni tino al impulso vario de las opiniones, de los intereses y de las pasiones.

El progreso, palabra que significa el movimiento en cualquiera línea, ni es una palabra nueva, ni representa una idea nueva: antigua es como las lenguas todas, obvio su significado como las ideas comunes. El progreso es una ley, ó mejor dicho, una condicion moral de todo ser perfectible, pero nunca un distintivo de lo que está fijo y es perfecto por su naturaleza. Todo aquello que pertenece al órden fundamental en cada línea, está determinado y fijo desde el principio por el Autor de la naturaleza. Nada hay en ella, bien lo sabeis, que en su parte fundamental haya quedado pendiente ni del tiempo ni de los hombres. Hé aquí por qué, ni la constitucion de la sociedad, ni sus principios generales, ni el criterio de su perfeccion, ni las condiciones de su felicidad son cosas que Dios haya dejado incompletas, ni menos que haya sometido á la revision de la inteligencia ni á la voluntad de los individuos ó de los pueblos. Estos, lo mismo que aquellos tienen los atributos de su existencia y la ley inmutable á que deben someter su libertad para tocar á sus últimos destinos: en este punto ni las sociedades ni los gobiernos pueden otra cosa que reconocer lo existente, someterse al dominio de su causa y derivar la legislacion de las leyes inmutables de la naturaleza.

Cuando el Profeta-Rey, inspirado por el Espíritu Santo y alocionado por su propia experiencia, decia con tanta profundidad como belleza: "Si el Señor no edifica la casa, inútiles son los esfuerzos de los que trabajan para construirla," nos dió con solo esto el gran principio cardinal del Derecho público de las naciones. La sociedad no puede constituirse por los hombres; la sociedad tiene única y exclusivamente á Dios por Autor. Es decir: sus elementos constitutivos, sus relaciones esenciales y sus leyes; todo está fijado por Dios, todo está colocado en la mas elevada perfeccion. Cuando el mismo Maestro, precisando el movimiento de sus ideas de la

institucion á la conservacion de la sociedad, añadia: "Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que quieren custodiarla," nos dió con solo esto el principio fundamental del código moral de las naciones. Aquí, pasando de los principios á los medios, manifiesta otra vez que aun éstos quedaron perfectamente fijos, y con solo practicarlos se conseguirian los preciosos fines de una sociedad bien constituida. Estos medios son: la asistencia divina y la cooperacion humana, condiciones precisas, pero suficientes, de fortaleza, de vida y de perfeccion. Si la accion humana se desprende de Dios, no dará un paso recto en la marcha social: si la accion humana cesa, esperándolo todo de Dios, Dios nada hará, porque nada quiere hacer sin la cooperacion nuestra.

Siglos despues Jesucristo derramó una nueva luz sobre esta elevada doctrina del Profeta, manifestando lo que debemos hacer nosotros para esperarlo todo de su Providencia liberalísima. "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, decia, y todas estas cosas se os darán por añadidura." * El reino de Dios, hermanos carísimos, es Dios mismo, primer principio de todas las cosas y último fin del hombre: es Dios reinando en nosotros durante la vida, y nosotros viviendo con El por toda la eternidad. El reino de Dios en esta vida mortal se llama gracia, y en la eterna se llama gloria. Por esto, cuando inspirados por este mismo precepto, le pedimos ardientemente que venga á nos su reino, nuestra peticion se dirige á que Dios mismo esté en nosotros por gracia y nos dé despues su gloria. Buscar el reino de Dios ante todas cosas; como lo enseña Jesucristo, es reconocer en la posesion de Dios el último fin de nuestra existencia y enderezar nuestros pasos á este goce y posesion perdurables; y como no se le busca sino conforme á las reglas que El mismo ha establecido, buscarle de veras, buscarle como quiere ser solicitado, buscarle segun su voluntad y su ley, es amarle sobre todas las cosas y servirle con preferencia á todo, servirle ante todo, y servirle en supremo grado. Por esto el primer libro de nuestra infancia católica, preguntando: "¿para qué fin fué criado el hombre?" responde: "para amar y servir á Dios en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.

* S. Math. cap. VI. v. 33.

Y no imagineis, amados hijos, que esta doctrina de Jesucristo mire solo al individuo, y no comprenda en manera alguna á la sociedad, no: este seria un error grosero y torpe, una ignorancia inexcusable hasta de las nociones mas vulgares. Ha sido necesaria toda la saña de un siglo impío, todo el sensualismo de un siglo material, toda la degradacion de un siglo ateo para negar estos principios, ya reduciendo los deberes de la religion á los individuos, ya excluyendo positivamente á Dios con su culto y su ley del sistema político y civil de la sociedad.

¡Cosa admirable! pueblos sobre quienes no habia brillado todavía la luz de la revelacion, conducidos únicamente por la razon natural, consagraban al Dios desconocido la flor de sus pensamientos, el supremo rango en sus instituciones, la mas espontánea y absoluta primacía en el sistema de los deberes, preferian sobre todo el culto social, erigian soberbios templos á sus divinidades mentidas, consagraban con su nombre y autoridad los vehementes discursos de la tribuna, y apelaban á su justicia en los ruidosos y célebres debates de su foro, partian con denuedo á los combates, y volvian á suspender en los altares los trofeos de la victoria: y nosotros, favorecidos con la sublime revelacion; nosotros depositarios creyentes de esos libros que encierran en sus páginas venerables los pensamientos y los designios de la Sabiduría infinita; nosotros que regenerados en el bautismo, hemos sido hechos miembros vivos del mismo Jesucristo, parte de su Iglesia, poseedores de su doctrina, objetos de su amor, blanco de su Providencia, herederos de su reino, y que somos llamados al número de los moradores felices de la Jerusalem celestial; nosotros á quienes ha sido revelado el reino de Dios, comunicados sus designios, manifiesta su voluntad y promulgada su ley; nosotros, testigos de ese cambio admirable producido en el mundo por la revelacion y por la Cruz; nosotros, volverémos á decirlo, ¿habiamos de venir al cabo de diez y ocho siglos á dudar sobre el lugar que á Dios corresponde en las instituciones políticas, á disputarle sus títulos en la cuestion de los derechos, á desconocer su Providencia en la marcha de las cosas humanas, á desdeñar su poder en la conservacion de los imperios, y á extrañar su presencia en el cuerpo de la sociedad?

No, amados hijos, no; es necesario ser lógicos en la conducta, es

decir, consecuentes con nuestras creencias. Si á la doble luz de la inteligencia y la fé, si aleccionados al mismo tiempo por nuestro sentido íntimo á la vista de nuestro ser y del magnífico cuadro de la naturaleza, y por las altas revelaciones que encierran nuestros dogmas católicos, creemos en un Dios Todopoderoso, le reconocemos como el gran principio de todas las cosas, el modelo de nuestra existencia y el fin último de nuestro ser; debemos al mismo tiempo confesar que dependemos de su voluntad soberana; que tiene sobre nosotros un dominio esencial, absoluto, pleno y universal; que no solo es el Autor de la naturaleza, sino tambien el eterno principio, soberano Instituyente y supremo Legislador de toda sociedad. Si reconocemos en su voluntad la suprema Ley, así como en su perdurable vista, posesion y goce, la verdadera y única felicidad, claro es que le debemos consagrar preferentemente nuestros mas rendidos homenajes, y tributarle ante todo un culto verdadero, pleno y universal, esto es, el culto que el Evangelio exige y que la Iglesia sostiene, el culto de todo cuanto somos, el culto de la familia y el culto público de la sociedad, y que las obligaciones comprendidas en esta ley fundamental y eterna, deben ocupar el primer rango en el gran código de un pueblo católico.

Pero no basta pagar esa deuda y cumplir estos deberes; no basta, para encontrar el reino de Dios, la profesion de nuestra fé, la gerarquía social de la religion, el esplendor del culto; es necesario practicar la justicia, y por esto Jesucristo, cuyo idioma divinamente profundo, no redundará jamas, despues de habernos dicho que busquemos ante todo el reino de los cielos, añade que practiquemos su justicia. Fijáos mucho en esta palabra, porque ella encierra un gran fondo: es el complemento de la primera de todas las ciencias, la de ser feliz. El reino de Dios, que ha de buscarse con suprema solicitud, es el último fin; y la práctica de la justicia el gran sistema de los medios para conseguir este último fin.

¿Necesitarémos, pues, cuando dirigimos nuestros discursos á un pueblo formado en la escuela de Jesucristo, conocedor de la ley divina y aleccionado por sus propias experiencias, detenernos demasiado en inculcaros la necesidad estrecha de reformar vuestras costumbres, enderezar vuestros caminos y reconquistar con la gracia del Señor el mas firme apoyo de vuestras esperanzas? ¿Necesitarémos

sitarémos acaso manifestaros que en esto se interesa, no solamente la perfeccion moral de los individuos, sino tambien la firmeza de la sociedad y la prosperidad de la nacion? Ya os lo hemos dicho, os lo volverémos á decir ahora, y lo repetirémos siempre, por mas que nuestras palabras tropiecen con el irónico desden de la filosofía de hoy: no son esas hojas de papel que contienen las combinaciones facticias y transitorias de la política humana, por mas que la vanidad las apellide fastuosamente constituciones, el código fundamental de la sociedad civil; sino esa ley que el mundo encontró ya hecha cuando comenzó á existir; esa ley dictada inmediatamente por Dios, escrita despues por su dedo mismo en tablas de piedra, revelada en toda su plenitud por el mismo Jesucristo, promulgada en todos los pueblos de la tierra por los evangelizadores del mundo, explicada, sostenida y aplicada por esta Iglesia santa, que no lleva el nombre de católica, sino porque encierra la universalidad de Dios en su pensamiento, le pertenece la universalidad de los hombres en su vocacion, es de todos los siglos, abarca en su inmenso círculo de doctrina y de derecho á todas las instituciones políticas.

Es necesario remedar con la palabra el tartamudeo de la infancia, para vertir esos discursos ineptos que limitando al órden puramente individual la accion de la Iglesia católica, niegan la razon y la conciencia, falsean la tradición, desconocen la fuerza del testimonio humano, y no parece sino que arrojan el aliento inmundo de la impostura, para extinguir con la antorcha de la historia la luz que franquea para la inteligencia la dilatada carrera de los siglos.

Bien pudiéramos deciros, hablando de esta ley santa, ya que no fuese bastante lo que manifiesta en sí misma: Si no creéis á la santidad de su origen, á la sabiduría de su plan, á la unidad maravillosa de su economía, á la universalidad de su accion y á la supremacía de su rango; creed por lo menos á sus obras, que no son oscuras, ni limitadas, ni remotas. Abrid los fastos de la historia: repasad con la mente la carrera de diez y ocho siglos: recorred las instituciones sociales, las legislaciones de todos los pueblos, el código de la paz y de la guerra en los tiempos modernos, el principio, el desarrollo y los caracteres de la civilizacion, los progresos

de las ciencias, la perfeccion de las artes, la multiplicidad prodigiosa de establecimientos abiertos para expensar en su difícil carrera todas las necesidades del género humano: y para no omitir nada de cuanto ilustra la razon, provocando la curiosidad, fijáos tambien en los restos de vida que conservan todavía, al lado de las ciudades modernas, tantos mutilados restos que ha perdonado el tiempo en ese osario inmenso de las sociedades antiguas, y decidnos: ¿Cuál es la luz que ha derramado esta nueva civilizacion en toda la tierra...? El Evangelio. ¿Cuál es el robusto apoyo que ha colocado sobre mas firmes bases las sociedades modernas...? El Evangelio. ¿Cuál es el genio que ha constituido el nuevo derecho de las naciones, regulando al mismo tiempo su vida política y civil...? La Iglesia católica. ¿Dónde están los grandes tipos de estas juntas deliberantes que con tan diversos nombres nos presenta la historia de la sociedad...? En los concilios de la Iglesia. ¿Dónde el soberano poder que en los tiempos de tinieblas y de fuerza, templaba, cuando no destruía, la soberbia tiranía de los antiguos señores, protegiendo la libertad de los pueblos...? En la Iglesia. ¿Dónde aquella antigua reguladora del mundo político, que uniendo á la irresistible fuerza del derecho la dulce insinuacion de la caridad, arreglaba definitivamente los negocios de los Estados, componia las diferencias de los soberanos, prevenía la guerra ó restablecía la paz...? En el Sumo Pontífice de la Iglesia católica. ¿Quién conserva la vida de las mas ilustres ruinas que tiene el mundo...? La Iglesia. ¿Qué sería, pues, hermanos carísimos, qué sería del mundo político sin la Iglesia católica? Tinieblas y muerte.

Pero qué necesidad tenemos de divagar tan léjos nuestras miradas, de subir hasta el origen de las sociedades, de repasar con la reflexion y la crítica todas las instituciones políticas, todas las vicisitudes morales, todas las épocas de prosperidad ó decadencia que han tenido las naciones del viejo mundo durante la era cristiana, cuando sin salir de nuestra patria, de nuestro siglo, de nuestra época, y aun del último periodo de esta revolucion sangrienta y desastrosa, encontramos en los mismos hechos una demostracion histórica, concluyente, irresistible del supremo poder moral de la religion católica, no solo para formar, fortalecer y hacer prosperar á las na-

ciones, sino tambien para salvarlas de la última ruina, en medio de las mas horribles tempestades? ¿Cuánto tiempo, decidnos, cuánto tiempo há que nuestra sociedad está desquiciada, el orden perdido juntamente con la paz? ¿Cuánto tiempo há que no tenemos gobierno estable, marcha regular, administracion pública, moralidad en los empleos, arraigo en las instituciones, consecuencia en las leyes, vigor y aun vida en la marcha política? ¿Cuánto tiempo há que la propaganda impía y revolucionaria, enseñoreada de la prensa y multiplicando todos los medios de corrupcion, combate los principios religiosos, morales y sociales, y se esfuerza por corromper y descatozar al pueblo? Y sin embargo, ¿no es cierto que á pesar de tantos elementos conjurados contra el orden y la moral, México, merced á la solicitud de la Iglesia, merced á sus trabajos apostólicos y al ejercicio de su ministerio, ha conservado cierto orden á pesar de la anarquía, hábitos de obediencia entre los escándalos causados por los gobiernos mismos, alguna mansedumbre en medio de la lucha mas feroz, la fé, el amor al culto, el respeto al sacerdocio, y tantos elementos combatidos pero existentes, debilitados pero todavia con vida, en desorden pero fáciles de reanudarse para producir, si bien se aprovechan, una restauracion gloriosa?

Ved, pues, amados hijos, cómo sin hablaros de la gloriosa conquista que hizo el Evangelio de esta gentilidad, sin ponderar los trabajos de la Iglesia por suavizar la accion de los conquistadores, de la institucion cristiana de la familia, formacion de nuestra sociedad, nacimiento de las virtudes públicas y privadas, y tantos bienes como presenta nuestra propia historia, basta considerar lo que México debe á la Iglesia durante la última y prolongada crisis, para reconocer el supremo poder de la moral evangélica en la firmeza, conservacion y prosperidad del Estado.

Pero no basta tener estas convicciones y profesar esta doctrina, no basta que cada uno se inscriba nominalmente bajo la enseña sagrada del Evangelio, si ha de seguir esa vida de inercia, esa filiacion de nombre, que reduciéndose á censurar en el retiro ó á deplorar en silencio, rehusa toda cooperacion, allanando los caminos del mal con una pasibilidad culpable. Si nos es lícito extender hasta la patria las graves sentencias de la religion, bien podremos recordaros aquellas memorables palabras de Jesucristo cuando tro-

naba contra esos adoradores superficiales, que satisfechos con sus creencias, no hacen alto en las inconsecuencias de su conducta: 'No todos los que me dicen: Señor, Señor, decia, entrarán en el reino de los cielos:' y en otro lugar: "Este pueblo me honra con los labios; mas su corazon está muy léjos de mí." Adelantemos un poco mas, sondeando este concepto sublime con la inspirada mente del Apóstol. Penetrando con su espíritu en las dotes del verdadero fiel, reduce á la condicion de la nada las mas pasmosas y admirables obras cuando no se animan de la caridad. La posesion de todas las lenguas, aun entrando la de los ángeles, el desprendimiento de todos los tesoros aun para mejorar la condicion de los necesitados, la traslacion de las montañas mismas con el poder sobrenatural de la fé; todo esto no es para aquel Supremo Doctor sino el sonido hueco de un bronce que retiene: vanidad, nada. Ahora bien, esto mismo os decimos á vosotros, trayendo los socorros de la religion á las hondas pesadumbres y últimas desgracias de la patria. Bien podreis, amados hijos, agotaros en discursos, censurar los males, desear los bienes, formar los votos mas ardientes por la salvacion y prosperidad de nuestra patria: si no teneis caridad, si no rendís vuestro cuello bajo el suave yugo de esta ley de amor, que impuso á todo su pueblo regenerado el Redentor del mundo, nada sois, nada haceis, nada teneis derecho de esperar.

Esta ley de amor es el secreto que ha cambiado en orden, regularidad y fuerza el horrible y asqueroso aspecto de las antiguas sociedades: esta ley de amor es la que, solo columbrada, bastó para inspirar al mas elocuente de los oradores del gentilismo, sobreponiendo su poder al de todos los ilustres capitanes y conquistadores de la tierra: esta ley de amor es la que ha humillado ante la sublime abnegacion de sí mismo las mas fuertes é irresistibles pasiones: esta ley de amor es la que ha dado á la tierra el nuevo, inaudito y sublime espectáculo de una república de héroes que así prodigan su vida en los cadalsos para sellar su fé, como la agotan y rinden asociándose á su prógimo en las mas hondas pesadumbres, crueles dolores y horribles penas de la humanidad; esta ley de amor es la que con sus mismos restos ha sorprendido al mundo con esos caracteres caballerescos, cuya elevacion y grandeza ha dado tanto que admirar á la historia, como que hacer á las bellas artes, pon-

derar á la elocuencia y cantar á la poesía: esta ley de amor
 ¿Pero á dónde vamos? Los fastos de la caridad sobrepujan á los monumentos que han dejado en pié los siglos, y traspasan con mucho la posibilidad de la historia.

La caridad, hermanos carísimos, comienza su grande obra en la propia abnegacion, y todo lo encuentra fácil desde que consuma este heroico sacrificio. Tan dulce y accesible, como fuerte, laboriosa y activa, conquista con su generosidad todo el campo enemigo, y aunque tarde, recoge al fin el precioso fruto de esta bella conquista: tiene abierto el corazon para todos, y las manos para derramar sin medida sus inmensos beneficios: trabaja sin cesar, pero nunca para sí, sino para la gloria de Dios y bien de los hombres. Huyen á su presencia todos los vicios, y á sus piés vienen á reunirse todas las virtudes, para formarle el régio trono desde el cual detiene las miradas de los ángeles y excita la admiracion de los hombres.

Si desde este elevado punto dirijo una mirada sobre vosotros todos, hijos de la católica México, para buscar los vestigios de esta noble virtud, ¡ay! mis ojos retroceden con espanto á la vista del triste cuadro de nuestras revoluciones civiles, de este mal de todos los siglos, antigua y nueva gangrena de todos los estados, síntoma terrible que denuncia las agonías de un pueblo. La primera condicion que demanda nuestro estado lastimoso, para recobrar todo el vigor perdido, es, ahogar esos odios políticos, poner término á estas antiguas disenciones que han despedazado las entrañas de la patria, y degradado ante el mundo al pueblo mexicano, inmolar en las aras del deber esos intereses bastardos, mas fuertes que las opiniones mismas para trastornar la sociedad, aprestarnos todos sin diferencia ninguna á la grande obra de la salvacion de la patria, sacrificar todas las opiniones y teorías ante la incontestable verdad de que el orden, la paz, el gobierno, la estabilidad, la fuerza, deben preferirse á todo, deben buscarse á toda costa, son puntos en que todos deben convenir, y hoy principalmente que están corriendo el último peligro.

¡Cuántos motivos, á cual mas fuerte, no conspiran hoy para unirnos, darnos el abrazo fraternal, aniquilar hasta el recuerdo de nuestros pasados odios, y no pensar ni hacer cosa que no conduzca

á la salvacion y prosperidad de nuestra patria! “Uníos todos, nos dice la naturaleza; porque sois hermanos: uníos todos, nos dice la religion; porque si no pereceis: uníos todos, nos dice la patria; porque de otra suerte vosotros acabaréis con mi existencia: uníos todos, nos dice la moral con sus leyes; porque el amor es la suprema ley, y sin el amor no hay sociedad posible: uníos todos; nos dice el buen sentido, desengañaos de esas ilusiones que os dividen en busca de lo mejor, no en sí mismo, sino para las opiniones, los intereses y las pasiones: no sea que, buscando este fantasma, perdais el bien positivo que todavía os está brindando la mano liberal de la Providencia: uníos todos, os dice vuestra experiencia misma, señalandoos ese campo de ruinas; porque divididos, no tendreis poder sino solo para conquistar el mal: uníos todos, os dice la Francia por el órgano de su digno Emperador en los momentos de asociar con la nuestra su gloriosa bandera, como el símbolo de una mision generosa, digna de los mas bellos siglos; uníos, contad conmigo, si sois cuerdos y prudentes, si todavía quereis tener patria: uníos, nos dice el mundo todo, pendiente de nosotros en la terrible crisis por donde pasamos.

La union es la fuerza, hermanos carísimos; pero la fuerza no es todo: es necesario asociar á este bello carácter el no menos importante de la actividad y labor. Si un reino dividido muere á pedazos, un estado inerte muere de consuncion.

El cuadro de animacion y de vida, de orden y regularidad, de legítimos goces y verdaderas garantías que se admira en las sociedades mejor establecidas de la Europa, que hemos contemplado con embeleso por lo que es en sí mismo, y con la mas profunda pena por las tristes reminiscencias de nuestra patria, resulta, no solo de la sabiduría, moralidad, prevision, celo y laboriosidad de los gobiernos, sino tambien, y esto es acaso lo principal, de la eficaz cooperacion de todas las clases. A ninguna es indiferente lo que pasa, lo que se dispone, lo que se teme y se espera: porque todas, desde la mas elevada hasta la mas humilde de la sociedad, toman una parte activa en cuanto concierne á ella. Nadie se considera con derecho, ni por su fortuna, ni por rango, ni por su independencia individual, para rehusar su cooperacion, ya satisfaciendo puntualmente los impuestos, ya reportando las otras cargas pú-

blicas, ya por último aceptando los empleos ó las comisiones del gobierno. Verdaderos seres morales, ellos hacen sentir constantemente su existencia con su espíritu: sensibles á la gloria y al honor nacional tanto como puede serlo cada individuo, lejos de ver con indiferencia esos acontecimientos que afectan á la sociedad, los consideran como los mas dignos objetos de su pensamiento y de su accion, y en los momentos críticos en que este honor y esta gloria se ven amenazados, acaban todas las diferencias de opinion ó de partido, y todos se ponen del lado del gobierno ofreciéndole su mas eficaz cooperacion.

Sin estos sentimientos, que constituyen, como bien lo sabeis, el espíritu público y el espíritu nacional, ¿dónde está el patriotismo? ¿á qué queda reducida esta gran virtud que ha hecho prodigios en todos los tiempos, y que es en sí misma la fuerza y el vigor de toda sociedad? A un simple nombre, á una palabra de reservo para exornar el discurso; pero en la cuestion de la realidad, á un ente de razon. Qué gobierno será fuerte, si el pueblo es débil? ¿Qué gobierno será vigilante, si el pueblo está dormido? ¿Qué gobierno salvará la sociedad, si la sociedad está sin vida? ¿Y dónde encontraréis la vigilancia, la fortaleza, la actividad y la vida de un pueblo, si cada uno, reduciendo su accion al círculo del individuo ó de la familia, vive como aislado en medio de la sociedad, como extraño en medio de sus conciudadanos, como independiente al frente del gobierno, como extranero en el seno de la patria?

Se ha dicho con todo el énfasis de la seguridad, que un hombre basta para salvar una situacion comprometida; y cuando los pueblos, arrebatados en el torbellino de la revolucion, parece que van á sucumbir, todos claman por el hombre de la época, todos buscan al hombre de la situacion. "Un hombre se necesita, un hombre basta:" he aquí la voz de inteligencia que corre por todas partes, y se cita por ejemplo al capitán de los tiempos modernos despues de la revolucion francesa, y al hombre del antiguo continente despues de la república de 48. Pero no nos equivoquemos: llamemos á este concepto al tribunal de la crítica, y veremos que no es del todo exacto. Un hombre se necesita: esto es exactísimo, esto es absoluto, universal, esto no falla nunca. Un hombre basta; esto no es cierto en un sentido absoluto; porque bastará, si cuenta con un

pueblo; se estrellará, si este pueblo no existe sino solo de nombre. Napoleon I tenia dimensiones colosales; pero necesitaba apoyarse en la Francia para brillar sobre el mundo. Napoleon III cuenta con genio y poder; pero sin la Francia se hubiera esterilizado.

Nada importaria, pues, que la Providencia, como por un milagro, nos deparase un hombre que gozase de la mas alta reputacion en Europa: este hombre se oscureceria, si penetrando entre nosotros, no encontrase sino una nacion sin espíritu, un pueblo sin voluntad, la presuncion de la arrogancia, ó el frio mortal del egoismo.

Hermanos é hijos carísimos, no perdais nunca de vista las graves consideraciones que acabamos de proponeros, y si, como lo esperamos, estais convencidos de su verdad y su importancia, entrad con resolucion en la vida activa de verdaderos ciudadanos, mostraos obedientes á la voz divina que os inculca la sumision á las autoridades de la tierra, no solo para no incurrir en su indignacion, sino tambien para obedecer á Dios y tener tranquila la conciencia. El Evangelio ha dejado al patriotismo en el lugar elevado que le corresponde entre los deberes sociales. El que os ha mandado amar á vuestra patria, os tomará cuenta, no lo dudeis, de vuestro egoismo, de vuestra inercia, de vuestra frialdad; os imputará las pérdidas causadas por la esterilidad de vuestros talentos; y así como tendreis parte en todos los bienes de esta sociedad, si cooperais eficazmente con su gobierno para hacerla feliz, así tambien, en el opuesto caso, reportareis la responsabilidad inmensa de sus desastres, la afrenta de su ignominia, y no sobrevivireis á su última disolucion.

Tal vez, hermanos é hijos carísimos, hemos dado á esta carta nuestra, mayor extension de la que pedia, no el asunto, que es por su naturaleza vastísimo y de una vital importancia, sino vosotros mismos, á quienes debemos suponer poseidos de estas convicciones, aleccionados en la escuela de los propios escarmientos, é ilustrados eficazmente por los mas solemnes desengaños. Pero no nos pesa: el mal ha sido en extremo grave, para que las saludables precauciones sean excesivas: la leccion ha sido demasiado severa, para que deploremos el tiempo invertido en utilizarla: los peligros todavía están en pié, aunque hay sólidas esperanzas de evitarlos. La oportunidad, la ocasion, las circunstancias, los elementos re-

pentinamente cambiados de una restauracion verdadera y sólida, son en alto grado preciosos, para omitir nada de cuanto pueda conducir á aprovecharlos. Ea, pues; aprestaos todos á hacer cada uno lo que le corresponde en esta grande obra: condenemos para siempre esas teorías absurdas, esas doctrinas impías, esos principios disolventes, esos medios inmorales que han sido el alma y la fuerza de una revolucion que no ha cesado un solo dia, desde la feliz consumacion de nuestra independenciam, de perseguirnos, trabajarnos y destruirnos: abandonemos para siempre esas falsas sendas por donde ha arrastrado á sociedades opulentas hasta consumir su ruina, y que abriéndolas astutamente entre nosotros, nos ha hecho correr el turno funesto en esta carrera universal de desórdenes y desastres. Cerremos los oidos al sonar esa palabrería fastidiosa; idioma convencional de la revolucion, con que atruena para engañar á los incautos con los falsos prestigios de una elocuencia corruptora. Acaben para siempre las falacias de ese progreso que hace retroceder hasta la barbarie, de esa libertad que encadena y tiraniza, de esa igualdad que todo lo sacrifica en nombre de su ley, que robaba para destruir la desigualdad de las fortunas, calumnia para destruir la desigualdad entre el mérito y la infamia, y persigue á la inteligencia y al genio, á la probidad y á la virtud en nombre de los derechos de la ineptitud y de la ignorancia, del vicio y la prostitucion; en fin, estremeceos á la vista de este pasado de locuras sangrientas, de ensayos terribles y desastres inauditos. Caro y mucho hemos comprado el desengaño; tarde y mucho hemos abierto los ojos; pero que todo esto sirva, por lo menos, para hacernos en lo sucesivo mas desconfiados de estas novedades peligrosas, mas advertidos y mas sensatos. Volved todos con el poderoso entusiasmo de la esperanza y al estímulo de un dolor que punza todavía, volved á los antiguos caminos locamente abandonados; volved á las santas luces del Evangelio, á las inspiraciones felices de la religion, al código rectísimo y siempre seguro de la moral cristiana, á la vida de la justicia y de la fé, y no tardareis en llegar, aun en el órden político, á las elevadas cumbres de la grandeza y prosperidad pública. Sed solícitos, hoy mas que nunca, en dar á Dios lo que es de Dios; los rendidos tributos de vuestra inteligencia á su palabra, la subordinacion entera de vuestra voluntad á la suya,

el cumplido vasallaje de vuestra libertad á su ley: consagraid la flor de vuestra legislacion á su culto y á su Iglesia: sed mas celosos que nunca por su honor y su gloria, haciendo en todo lo que El os tiene prescrito para la perfeccion individual, la felicidad pública y la prosperidad social, y estad tranquilos acerca de lo demas. Dios cuidará de vosotros con esa solicitud inefable con que conserva desde el primero de los astros hasta el átomo imperceptible que se escapa á la vista del hombre: el que mantiene y conserva todos los seres, el que multiplica los panes y los peces para saciar á la multitud hambrienta, el que manda las aguas y el rocío fecundar la tierra, y multiplica por todas partes los recursos magníficos de una Providencia infinita, cuidará de vosotros.

¿Qué apetecereis en la dilatada escala de los bienes legítimos á que puede aspirar un pueblo, que no os lo conceda movido por vuestra fidelidad en el cumplimiento de su ley? ¡Ah! Cuando al calor vivificante de esta Providencia pensamos en esos pretendidos bienes con que la revolucion nos brinda para perdernos, confesamos francamente que no podemos soportar el penoso fastidio y mortal disgusto que nos causa. El Señor, que como ciencia infinita todo lo conoce, como poder infinito todo lo puede, y como bondad suma todo lo quiere para nuestra propia felicidad; ese Dios de verdad y fidelidad eterna, el único que puede prometer, porque es el único que sabe cumplir, el Señor os ha dicho por boca de la Sabiduría increada, que si buscais de preferencia el reino de Dios y su justicia, podeis estar tranquilos: porque vuestros deseos legítimos en el órden temporal se verán superabundantemente cumplidos, redundarán en la medida de sus beneficios infinitos, de sus gracias eternas, esto es: segun la conceptuosísima expresion del mismo Jesucristo, se os darán por añadidura. *Et haec omnia adjicientur vobis.*

Sí, hermanos é hijos muy amados, no lo dudeis: sed fieles con el Señor: robusteced mas y mas todos los dias vuestra fé en su palabra, celad su honra, adoradle en espíritu y en verdad, practicad su ley, sed justos, y estad ciertos de que su mano divina, no satisfecha con las gracias que enriquecen el espíritu, os prodigará con liberalidad magnífica cuanto por autorizado se respeta, por grande se admira, por fuerte se hace temer, por sólido se perpetúa, por

bueno se solicita, por delicioso se gusta y por fecundo produce sin cesar: sábias instituciones, estado firme, gobierno respetable, vida pacífica, garantías verdaderas, fertilidad en la tierra y abundancia en todas partes, industria adelantada, comercio próspero, cultura, civilización, artes y cuanto reunido forma el imponente conjunto de la grandeza y prosperidad de un pueblo.

Concluyo, pues, excitándoos á cumplir estos sagrados deberes con la autoridad de mi ministerio, y ofreciendoos que entonces vereis feliz á nuestra patria y á vosotros con ella. Os lo ofrecemos con la fidelidad de Aquel á quien pedimos realice nuestros mas ardientes votos, y en cuyo Santo Nombre os enviamos nuestra bendición pastoral.

Puebla de los Angeles, Octubre 8 de 1863.—*Pelagio Antonio*, Arzobispo de México.



INDICE

CONCORDADO Y ALFABETICO

DE LAS

DISPOSICIONES DICTADAS DESDE MAYO

HASTA DICIEMBRE DE 1863,

COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

A.

ADMINISTRACION DE JUSTICIA.

NUMS.	FECHAS.	PAGS.
1863.		
12	Junio 1º	32 Tribunal superior y juzgados de lo civil y de lo criminal de Puebla.—Su planta.—Supresion de costas.
25	„ 20	57 (Véase en <i>Corte marcial</i> .)
61	Julio 15	133 Establecimiento de los tribunales y juzgados del fuero comun.—Supresion de los de hacienda.—Conocerán en los negocios de hacienda los juzgados y tribunales de lo civil con sujecion á las leyes del ramo.—Son Promotores fiscales en dichos negocios los empleados de rentas respectivos.—Se declara